

# Pancho Segura Cano: la vida de una leyenda del tenis

Caroline Seebohm  
Traducción Álvaro Alemán



## *Liminar*

### Alfonso Laso Ayala

**D**urante años una serie de imágenes en blanco y negro nos acompañaron en casa. Fotos de deporte, claro. Mi padre, Alfonso Laso Bermeo, fue periodista desde siempre y, además, aficionado a la fotografía. No era de los que se tomaba demasiadas gráficas con los deportistas famosos. Supongo que era mi mamá quien guardaba celosamente algunas postales donde aparecía mi papá. En una de ellas, se lo ve junto a dos tenistas. El uno muy alto, el otro, pequeño. Al primero lo llegué a reconocer en alguna película de esas que dejan huella en la infancia (*El planeta de los simios*, 1968); del segundo solo le había escuchado hablar a mi viejo. Parecían muy amigos los dos.



El tenista pequeño era el inigualable Pancho Segura; el grandote, nada más ni nada menos, que el actor estadounidense Charlton Heston. A este, el cine nos ha permitido mirarlo una y otra vez en muchas de sus producciones; lastimosamente, de nuestro famoso tenista hay muy pocos videos, muy poco material. Alfonso Laso Bermeo ha tenido, desde que me acuerdo, profunda admiración por la figura de Francisco Segura Cano. En tiempos en donde conseguir estadísticas en nuestro país resultaba imposible, cuando había que recurrir a la memoria de unos pocos para contar todos sus logros. Le había escuchado, al comunicador quiteño, hablar de quien fuera su gran rival: el mexicano-estadounidense Pancho Gonzáles. Y que nuestro tricolor había ganado todo en Estados Unidos.

Años después, de paso por Quito, el periodista lo entrevistó y Pancho Segura le contó historias de tenis, le dio sus opiniones sobre la actualidad —de entonces— del deporte blanco en el mundo y le brindó detalles del club donde dictaba clases, cerca de Los Ángeles. Para entonces Pancho Segura ya había trascendido a nivel mundial como entrenador de varios campeones del deporte blanco.

Aprendimos a admirar al tenista porteño y lo imaginamos jugando y ganando a los más grandes del deporte de la raqueta en el mundo, cuando en nuestro país el desarrollo deportivo era aún una quimera. Aún hoy no hemos avanzado tanto como quisiéramos. Al tenista ecuatoriano le faltó la actual tecnología, capaz de mostrar una misma jugada de manera simultánea en cualquier parte del planeta. Sin embargo, no pareció importar, el tiempo se encargó de convertirlo en un mito. Allá, en Estados Unidos, donde lo conocían bien, lo colocaron en el salón de la fama. Un lugar escogido solo para los inmortales.

En la actualidad podemos mirar y escuchar diferentes reportajes donde se cuenta parte de la vida deportiva de Pancho Segura. Todo disperso y casi siempre relatado a manera de anécdota. He

podido ver y leer a colegas que han logrado recopilar información y que la han contado en versiones cortas, en reseñas y producciones. Estas también han colaborado para agrandar su imagen en nuestra memoria.

Así —incompletos— fueron mis escasos encuentros con uno de los más grandes deportistas ecuatorianos de todos los tiempos. Muy poquito para todo lo que representa la legendaria figura de Pancho Segura y la trascendencia que tiene dentro del tenis profesional en la actualidad. Esto hasta que conocí el libro *Pancho Segura Cano: la vida de una leyenda del tenis* y pude ver esa cancha —de polvo de ladrillo—, donde él comenzó a pegarle incansablemente a una pelota.

Debo confesar que he vibrado con este relato. Me he conmovido, y espero que usted, querido lector, también lo haga, cuando se describe la vida del guayaquileño durante sus primeros años, intentando sobrevivir, no ya jugar al tenis. Un niño cuya perseverancia lo llevó a superar sus problemas físicos para convertirse en uno de los mejores jugadores del mundo durante varios años. La narración de sus enfrentamientos con los más grandes de ese entonces emociona y uno puede imaginar lo que un pequeño ecuatoriano conseguía, con su *drive* a dos manos, frente a otros que parecían gigantes en la pista.

Pancho Segura decidió, allá por los años cuarenta, jugarse el todo por el todo a nombre del tenis profesional. Fue uno de sus grandes impulsores y, gracias a su extrovertido carácter, se convirtió en un *showman* dentro de las canchas, algo absolutamente indispensable para una actividad que, para ese entonces, apenas despertaba curiosidad. Luego de leer este libro, cuando veamos a los monstruos del tenis moderno, sabremos que un ecuatoriano ayudó a que sean lo que son en la actualidad. Es que cuando Pancho resolvió dejar de jugar profesionalmente se dedicó por entero a entrenar a las grandes estrellas del cine, pero también a las nuevas figuras del deporte blanco. De ellos, el que más destacó fue Jimbo,

el histórico Jimmy Connors, múltiple campeón norteamericano que creció al lado de Pancho Segura hasta transformarse en un imparable campeón. En esta biografía, editada por El Fakir, se explica la relación cercana entre ambos y luego su distanciamiento. Además, se habla de figuras como Andre Agassi o Michael Chang que también pasaron por las manos del campeón ecuatoriano.

Gracias a la lectura de este libro queda claro cuál fue la relación de Pancho Segura con las estrellas de Hollywood y cuánto llegaron a apreciarlo. Su carácter extrovertido y jovial y esa actitud ganadora pero respetuosa le hicieron muy apreciado en la sociedad estadounidense. Muchísimos actores y otras tantas actrices recibieron sus enseñanzas y secretos y mejoraron su juego. Fue un revolucionario en el deporte blanco pues supo desde el principio que no podría competir contra la fuerza de sus rivales, sino que habría que —a su tenis— agregarle perseverancia, velocidad y astucia. Pancho se convirtió en el primer gran estratega de este deporte, primero mientras jugaba y luego cuando dirigía.

También queda reflejada en estas páginas la generosidad de Pancho con los suyos. Se llevó prácticamente a toda su familia al país del norte en busca de nuevas oportunidades, aquellas que no encontraban en su natal Guayaquil. Y, finalmente, recibió en nuestro país también el reconocimiento de autoridades y aficionados, en tiempos en los que las noticias circulaban con lentitud.

Será imposible compararlo con nuestras grandes figuras de la era profesional: Andrés Gómez o Nicolás Lapentti. Sin embargo, no es atrevido pensar que la calidad de ellos, y de otros que también nos representaron o nos representan, nace de su demoledor y peculiar *drive* a dos manos que sorprendió primero y luego conquistó al mundo del tenis en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado.

En la historia deportiva de Ecuador no tenemos demasiadas figuras de élite y menos tenistas de nivel mundial. Es por eso que

nos aferramos a nuestros grandes gladiadores deportivos. Pancho Segura es, indiscutiblemente, uno de esos escasos números uno. Supo ser campeón profesional en una época en la cual los torneos del *Grand Slam* estaban reservados para los tenistas *amateur* y no para quienes recibían dinero por jugar. Y fue él, con otros visionarios, quienes cambiaron la historia del tenis y lo condujeron hacia donde hoy lo conocemos. Lo de Francisco Segura fue sobrevivencia y mucho entrenamiento, pero indudablemente también talento. Con alegría y orgullo hoy entendemos muchos detalles de una vida que siempre giró alrededor de una raqueta, una red y una pelota. Sabemos que es un gigante de nuestro deporte y del mundo. La diferencia es que ahora podemos contarlo con detalles, rigor y emoción. *Pancho Segura Cano: la vida de una leyenda del tenis* inmortaliza, si quedaba alguna duda, a este incomparable tricolor. Hace honor a su genio deportivo y a su sangre ecuatoriana. Ya sabemos quién «inventó» el tenis en nuestro país.



Primera edición en inglés: *Little Pancho: The Life of Tennis Legend Pancho Segura*,  
Caroline Seebohm, University of Nebraska Press, 2009.

Primera edición en español: septiembre 2017 (El Fakir)

Traducción: Álvaro Alemán  
Prólogo: Alfonso Laso Ayala

Portada, contraportada e ícono: Carlos Villarreal Kwasek  
Corrección de textos: Álvaro Alemán, Gabriela Alemán, César Salazar y Paulina Rodríguez  
Diseño y diagramación: Ernesto Proaño Vinueza

Todos los derechos reservados © El Fakir Ediciones

El Fakir  
Olmedo Oe2-73 y Guayaquil, Centro Histórico, Quito  
[www.elfakirediciones.com](http://www.elfakirediciones.com)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes,  
queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del  
copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o  
procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así  
como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ISBN-978-9942-8575-6-9  
Tiraje: 1000 ejemplares  
Impreso en V&M Gráficas, Ecuador • Printed in Ecuador

Pancho Segura Cano:  
la vida de una leyenda del tenis

Caroline Seebohm  
Traducción Álvaro Alemán

el fakir





## Índice

<i>Liminar</i> , Alfonso Laso Ayala	5
<i>Prólogo: Un partido para el recuerdo</i>	15
1. Un milagro en Ecuador	19
2. La educación de un prodigio del tenis	31
3. ¡Hasta luego!	43
4. El amor: dentro y fuera de la cancha	79
5. El profesionalismo circense	89
6. Un nuevo contendor	101
7. Los dos Panchos: Segura y Gonzales	117
8. Jugar duro, jugar fuerte	137
9. Un entrenador para las estrellas	153
10. Días de alegría en Beverly Hills	195
11. El dominio de Jimbo	209
12. Buenos y malos momentos	227
13. Descansando en La Costa	241
14. El tenis es mi vida	255
<i>Epílogo</i> , Abraham Verghese	265

<i>Agradecimientos de la autora</i>	275
<i>Nota de traducción y reconocimientos</i>	279
<i>Glosario</i>	281
<i>Notas</i>	287



## Prólogo

### Un partido para el recuerdo

Como en toda gran contienda, David enfrenta a Goliat. Pancho Segura, el pequeño: 1,68 m, trigueño, de piernas arqueadas y pies torcidos, ecuatoriano, dotado de una velocidad fenomenal y un *drive* devastador a dos manos. Pancho Gonzales, su alto rival: siete años menor, ágil, mexicano-estadounidense, con aires de estrella de cine, temperamental y temerario.

A los dos les dicen Pancho —que es como designaban los angloamericanos de entonces a cualquiera al sur de su frontera, seguramente pensando en Pancho Villa, el mexicano revolucionario—. «A mí no me molestaba», afirma Segura, mientras que a Gonzales el apodo lo enfurecía<sup>1</sup>.

La fecha: 5 de julio de 1951. El lugar: la cancha de tenis más importante de Estados Unidos, el West Side Tennis Club en Forest Hills, en la ciudad de Nueva York. La superficie: césped, el terreno histórico del tenis; para algunos, el más complicado, rápido, traicionero y hermoso. El torneo enfrenta a todos contra todos y es bien recibido por aficionados que vienen a ver competir múltiples veces a sus jugadores preferidos en lugar de asistir a partidos de eliminación simple.

Los dos ya han jugado muchas veces, pero este es su primer enfrentamiento en césped. Segura, con 31 años, está en su mejor nivel. Al momento defiende el título profesional de Estados

Unidos tras ganar, en 1950, en Cleveland, al invencible monarca de «saque y red» Jack Kramer<sup>2</sup>, considerado el mejor jugador del circuito, campeón profesional en 1949. En cuanto a su oponente, luego de una carrera llena de altibajos, Gonzales, de 24 años, empieza a mostrar su verdadera calidad, y los aficionados a intuir que dentro de poco este feroz y agresivo jugador de tenis alcanzará el nivel más alto.

Segura llega al *match* sin haber perdido un solo set en los cuatro partidos previos. Gonzales ha ganado tres de cuatro juegos. Las estadísticas favorecen a Segura, pero la altura de Gonzales, su condición atlética y su potencia hacen del resultado algo incierto. Gonzales ha derrotado a Segura en un torneo de todos contra todos en Filadelfia, meses antes, y al momento le lleva la delantera en el *ranking* profesional. El contraste en la apariencia física de ambos es tal que todos dudan que el menor de los Panchos, pese a sus triunfos, pueda compensar sus evidentes desventajas.

El partido está programado para el inicio de la tarde. Ha llovido, lo que implica mayores dificultades en el desarrollo del juego: una superficie tan complicada que provoca trayectorias erráticas de la pelota y posibilidades de lesión. Cuatro mil aficionados abarrotan los graderíos, saben que el duelo ofrecerá una muestra espectacular de tenis entre dos jugadores deliciosamente dispares. Los conocedores del tenis de otras épocas recuerdan los grandes partidos de la década de 1920 entre Big Bill Tilden<sup>3</sup>, el jugador más alto de su momento, con 1,85 m, y su perenne rival, Little Bill Johnston, con 1,72 m. El uno ligero, diestro y veloz, casi siempre perdía hacia el final ante la superioridad física y la fuerza de voluntad de Tilden.

Los aficionados al deporte, por lo general, apoyan a quien lleva las de perder y, como Johnston, Segura despierta la pasión de la multitud con todas sus aparentes desventajas. Los golpes «engañosos» que descolocan a su rival como por obra de magia, el *drive* lapidario a dos manos, tan preciso que donde pone el ojo pone la

bola, la anticipación casi sobrenatural que anula la fuerza de una pelota que pudo ser un *winner*. Cuando Segura ejecuta uno de sus *drop shots* disfrazados, que dejan a su rival varado y confundido, el Guerrero Inca<sup>4</sup> (como lo han tildado los periodistas deportivos) mira a los graderíos, lleva su dedo índice a la frente en un gesto y sonrío. Los aficionados enloquecen.

En este portentoso día de lluvia, Gonzales sale al ataque. La cancha mojada y la relampagueante respuesta de Segura pronto ponen a prueba su devastador juego de saque y bolea. La devolución de Segura, ese particular golpe desafiante y vital, resulta implacable y pone a Gonzales a la defensiva. El saque de Segura, aunque no tan poderoso como el de otros, este día tiene la precisión de un reloj suizo, enviando a Gonzales a ángulos de difícil respuesta o clavándolo en el centro de la cancha, donde no tiene defensa alguna. Sin embargo, lo más notable del partido es quizá la velocidad de Segura. En vez de ser un impedimento, la superficie resbalosa parece inyectar en las piernas del ecuatoriano una energía inesperada. Mientras avanza el partido, Gonzales desfallece y Segura eleva su nivel de juego.

«Ese día sentía que volaba», concede Pancho Segura más adelante con una sonrisa.

El primer set termina 6-3. El segundo 6-4. Los aficionados ya huelen la victoria para el «pequeño dínamo». Segura mantiene sus errores al mínimo, en tanto Gonzales, molesto y frustrado, empieza a fallar. Ahora, el más espigado de los Panchos pierde totalmente la confianza. En el momento decisivo Gonzales abandona su principal fortaleza, su juego en la red, donde por lo general domina, para aferrarse a la línea final.

Segura, con gran inteligencia, entiende lo que esto significa y saca pronta ventaja, atacando a su oponente con un *drive* preciso, diversificando sus golpes con astutos *drop shots* y ubicando sus revéses con tal claridad que Gonzales no tiene respuesta. Segura no

solo que salva milagrosamente algunos de los mejores golpes de Gonzales, sino que los convierte en puntos a su favor. El espíritu ganador de Gonzales jamás ha sido cuestionado, pues ha convertido muchas aparentes derrotas en victorias. Pero en esta ocasión, cuando el tercer set se va de sus manos, no hay nada que pueda hacer para salvarlo. Segura es invencible y gana el último set 6-2. El partido termina en menos de una hora.

Los periodistas que cubren el partido están asombrados por la victoria del más pequeño de los Panchos. El legendario escritor de tenis, Allison Danzig del *New York Times*, dice que: «Segura le quitó el filo al potente juego de saque y red de Gonzales con la violenta y recurrente precisión de sus calculados contraataques. En el último set, en césped mojado, el espigado californiano finalmente cedió ante la presión». Jesse Abramson del *New York Herald Tribune*, no estaba menos impresionado al describir al «resuelto y habilidoso» Segura como alguien que «arrasó» a Gonzales: «[Él] sobrepasó a su rival más espigado desde la línea final y con frecuencia superó al mercurial Gonzales en la red... su velocidad, cobertura de cancha e infranqueable defensa fueron demasiado para Gonzales».

Los conocedores de tenis sabían que la victoria de Segura, esa tarde en Forest Hills, no era motivo de sorpresa. Entendían cómo pensaba un partido, cómo su velocidad y anticipación jugaban a su favor sobre este tipo de superficie, cómo su abordaje físico y psicológico del tenis lo convertía en uno de los jugadores más originales en la historia del juego. Sabían lo bien que se había preparado, estudiando los movimientos de raqueta de su rival y ensayando de forma incansable los golpes que lograrían doblegar a su oponente más alto y fuerte que él. Pero muchos ese día, al ver que el pequeño, delgado y estevado ecuatoriano estallaba contra el atlético y gigantesco californiano, sentían que veían un extraño cometa centellear a través de un cielo oscurecido por la lluvia. El marcador final era inimaginable. No valía siquiera una apuesta mínima. Se suponía que, esa tarde, Segura no debía ganar. Y pese a ello, destruyó a Gonzales en apenas tres cortos sets. ¿Cómo explicarlo?

## Capítulo 1

### Un milagro en Ecuador

Nadie nota al niño pequeño en una esquina del Guayaquil Tennis Club mientras golpea una pelota contra la pared con una raqueta deteriorada. El niño tiene un aspecto peligrosamente delgado, con piernas torcidas que parecen bananos y brazos finos que terminan en muñecas delgadas, tanto así que debe sostener la raqueta con las dos manos para que la pelota rebote contra la pared. Para los pocos miembros del club que se fijan en él al salir, con seguridad camino a casa en busca de una ducha y de un trago, este niño es simplemente uno más de los muchos niños pobres del barrio que juega mientras espera que alguien lo lleve a casa.

Quien piensa de esta manera se equivoca. La expresión que lleva el niño es de gran concentración y ferocidad. No solo pasa el tiempo. Golpea la pelota de la única manera que sabe: una y otra vez con una pasión poco común para su corta edad. Lo que se refleja en su rostro entusiasta y determinado es aquello que el mundo entero conocerá un día.

El día oscurece y el niño ya no puede ver la pelota. Un hombre grande y fuerte, que limpia las canchas, junta toallas y pelotas, desmonta la red y asegura puertas, se aproxima. «Panchito, ya es hora. Vamos a casa».

A regañadientes, el pequeño detiene su práctica, levanta la pelota con que juega, se la da a su padre, y toma su mano. Es hora de que Domingo y Pancho Segura regresen a casa.

Francisco *Pancho* Segura Cano tiene más o menos siete años cuando levanta por primera vez una raqueta de tenis. Para entonces ya ha contraído y sobrevivido una serie de enfermedades que

hubiesen detenido a una persona menos decidida. Nace el 20 de junio de 1921 en un bus que viaja de Quevedo a Guayaquil: «Los caminos estaban en mal estado en ese tiempo», recuerda la madre de Pancho, Francisca Cano de Segura. «No habíamos avanzado mucho cuando le pedí a mi esposo que le dijera al chofer que regresara el bus a Quevedo porque iba a dar a luz prematuramente». Así fue como Morenito, como le decía su madre, llega al mundo.

Su nacimiento no fue romántico. Fue el primogénito de Domingo Segura Paredes y Francisca Cano. Su padre de ancestro español, su madre de ancestro indígena, nacida en Quevedo; él era un cholo<sup>5</sup>. Nació en junio, un mes de ensueño en ciertas partes del mundo, con cielos azules y jardines floridos. En Guayaquil es un mes infernal y solo un poco menos húmedo que los meses lluviosos que van de diciembre a abril. Desde el primer momento que abrió sus ojos, Pancho se tuvo que adaptar al aire pesado, pegajoso e infestado de mosquitos de su ciudad natal, al igual que todos los habitantes de Guayaquil.

A principios del siglo XX Guayaquil era una ciudad comercial humilde de aproximadamente 250 000 personas, ubicada en una región calurosa de la Costa del Ecuador. En esos días lucía tercermundista: pequeñas casas de madera con techos de zinc, calles polvorientas por donde circulaban carros tirados por caballos, muy pocos automóviles y vegetación exuberante. Luego de una serie devastadora de incendios, las nuevas viviendas empezaron a construirse con cemento.

Su fuente primaria de trabajo yacía en el puerto. Era la entrada portuaria más grande del Ecuador; a través del estuario El Salado se exportaba e importaba cargamento en este pequeño país sudamericano. El delta del río Guayas es el más grande en el Pacífico sur; su puerto marítimo aún se encarga de recibir tres cuartas partes de las importaciones al país y casi la mitad de sus exportaciones. A principios del siglo pasado algunos de sus habitantes se ganaban la vida con negocios relacionados con la importación-exportación



de bienes como café y banano. Esos hombres de negocios vivían en casas grandes cercadas por murallas altas, rodeadas de árboles florales al norte de la ciudad; pertenecían al Club de la Unión, que ofrecía una hermosa vista hacia el litoral. Hombres como estos fundaron el primer Guayaquil Tenis Club en 1910.

El cementerio de Guayaquil era —y sigue siendo— uno de los sitios más cautivantes de la ciudad. Establecido en una colina, es el lugar donde miles de guayaquileños han sido enterrados por más de un siglo. Al pie de la colina se pueden encontrar impresionantes mausoleos, bellas estatuas y esculturas que reflejan la importancia de los difuntos. Subiendo por la colina a través de un revoltijo cada vez más abarrotado, el cementerio se vuelve una democrática ciudad de nichos blancos, lápidas desmoronadas, cruces pintadas de blanco con inscripciones en negro. Aquí yacen los padres de Pancho Segura.

En la década de los veinte en Guayaquil la expectativa de vida era corta. Pancho fue el primero de siete hijos (lo siguieron dos varones y cuatro mujeres) que tuvieron Domingo y Francisca. Estaba también la hija del primer matrimonio de Domingo. Nada fue fácil para la familia. Pero el hijo mayor, Francisco, parecía atraer las peores desgracias. Su juventud estuvo plagada de enfermedades. La primera apareció en forma de una doble hernia, muy común en bebés varones. La hernia pediátrica, relacionada con el desarrollo y descenso de los testículos, causa una inflamación aguda y dolor en la ingle. Es probable que los padres de Pancho no reconocieran el problema de inmediato y lo dejaran sin tratar. A los diez años el dolor e inflamación eran tan grandes que Pancho no podía caminar. Eventualmente lo operaron y repararon la hernia.

Un peligro para los habitantes del Ecuador de ese entonces era la malaria, una enfermedad endémica en los trópicos. Los mosquitos eran una amenaza constante en Guayaquil, dentro y fuera del hogar, ya que el calor sofocante obligaba a los habitantes a mantener las ventanas abiertas. Pancho contrajo malaria a los

ocho o nueve años y sufrió sus consecuencias, a intervalos, hasta los veinte. Debido a las fiebres debilitantes que la malaria produce Pancho tuvo que guardar cama a menudo. En una ocasión recibió quinina; su madre lo acompañó preocupada mientras temblaba en la cama del hospital.

Sin embargo, la peor enfermedad que sufrió fue el raquitismo. Este es un desorden juvenil causado por la malnutrición, particularmente por la falta de vitamina D, calcio y fosfato. Esta enfermedad causa deformidades esqueléticas, en especial piernas estevadas. Las consecuencias del raquitismo acompañaron a Pancho toda su vida. Es difícil saber qué comían Pancho y su familia, pero la incidencia del raquitismo muestra que la pobreza jugó un papel importante.

Domingo Segura, el padre de Pancho, mantenía a su gran familia de la mejor manera que podía. Era un hombre guapo y fuerte de un metro ochenta que trabajaba como cuidador en la propiedad de uno de los hombres más ricos de Guayaquil, don Juan José Medina. Medina estudió en Inglaterra, era un banquero importante y fue el padrino del pequeño Pancho. Este se preocupó por el desarrollo del chico y opinaba que Pancho debía tener una actividad que lo ayudara a fortalecer sus huesos, desarrollar sus músculos y agregar masa corporal a su marco atrofiado. Medina decidió que dicha actividad sería su deporte favorito: el tenis.

El señor Medina formaba parte del consejo directivo del Guayaquil Tennis Club: un pequeño club de las élites guayaquileñas que contaba con quinientos miembros. En Ecuador, como en el resto del planeta, el tenis era considerado un juego de hombres ricos. Un juego reservado solo para privilegiados que pudieran pegar a pelotas caras con raquetas igualmente caras sobre una superficie difícil y costosa de mantener.

Medina decidió emplear a Domingo Segura para que sea el cuidador del Guayaquil Tennis Club. Así Segura no solo recibía

un salario estable sino también un lugar para vivir. Él y su familia vivían en una casa pequeña en las afueras del terreno del club. Entre sus obligaciones estaba ocuparse de las canchas, mantener el terreno y la sede del club, y proveer servicios para los miembros, incluyendo conseguir pasabolas. Panchito no solo sería el asistente de su padre, sino que también empezaría a jugar tenis.

Era, desde luego, un arreglo enteramente privado. A los miembros del club no les importaban sus empleados. Siempre y cuando el club y las canchas se mantuvieran en perfecto estado y hubiera pasabolas, no importaba quién hiciera el trabajo. Al igual que tres o cuatro otros niños empleados por el club, Pancho pasaba el día recolectando pelotas y devolviéndolas a los jugadores cuando fuera necesario. Cuando no eran necesarios, los niños se preocupaban de desaparecer. Pancho era el más joven de ellos. «Mi papá me hacía recoger bolas, barrer las líneas, arreglar la red, pasar las toallas a los socios», recuerda Pancho. El club solo tenía cuatro canchas de cemento que se ocupaban los fines de semana, cuando los socios no tenían que trabajar. Pancho, sin embargo, iba todos los días a ayudar a su padre.

En la escuela primaria de Guayaquil, Pancho demostraba buenas aptitudes académicas, especialmente en matemáticas: «Era bueno con los números», cuenta. Tenía buenos profesores, pero era un muchacho solitario. Debido a su baja estatura y cuerpo frágil, los compañeros de Pancho se burlaban de él sin piedad y lo llamaban «maricón». Todos los días después del colegio, en vez de jugar en la calle o juntarse con sus amigos, Pancho iba al club de tenis, un lugar vedado para sus compañeros. Tuvo una vida ensimismada como niño.

Pero un día levantó una raqueta de tenis. Era vieja, abandonada y desechada por uno de los socios. Era demasiado grande para él: debía utilizar ambas manos para alzarla y no le daba la fuerza para golpear una bola. A pesar de ello, Pancho puso sus manos en la empuñadura, tiró una bola y la golpeó. «En un principio no estaba

interesado», recuerda, «todos mis amigos del colegio jugaban fútbol. Pero cuando le di al muro con la bola, me gustó».

Sin embargo, había también otros factores en juego. Pancho era pequeño y débil para su edad y no podía hacer deporte como sus compañeros de colegio. Mientras ellos jugaban fútbol y béisbol, Pancho se quedaba sentado. Podía aprender este misterioso juego llamado tenis, que ninguno de sus compañeros conocía, en privado, en el club con su padre. A veces, cuando las canchas estaban vacías, el padre de Pancho lo llevaba junto con una raqueta a golpear bolas. «Entrábamos a hurtadillas a las canchas».

Su madre, por otra parte, era la deportista de la familia y no solo Pancho heredó esos genes; Elvira, la hermana de Pancho, fue campeona nacional de básquet. Francisca Cano también jugaba tenis con Panchito y, por un corto tiempo, le ganaba. «Pancho se sentía tan frustrado que, por fin, ella lo dejó ganar», recuerda Elvira.

Pero Francisca no quería que sus hijos se dedicaran al deporte. Ella esperaba que sus cinco hijas se quedaran en casa y ayudaran con los quehaceres mientras se preparaban para el matrimonio. La madre se sentía incómoda por la pasión creciente que Pancho mostraba por el tenis: el deporte lo alejaba de casa y de ella. Él era su primogénito y el más preciado por su fragilidad; después de todo, sus dos hermanos alcanzaron el metro ochenta de altura. Francisca se preocupaba, cuidaba y oraba por su hijo. Amaba de igual manera a sus otros hijos, hasta fajaba las piernas de sus hijas para evitar que quedaran torcidas como las de su hijo mayor.

Pero Panchito, por ser el más vulnerable, era su favorito. La señora Cano quería que Pancho fuera más devoto, por eso, lo mandaba con sus hermanas a novenas. Cada vez que pasaban frente a una iglesia, ella insistía que Pancho se persignara con agua bendita. Ella también era la mano dura en la familia: «Solía darnos con el cinturón», cuenta Elvira. «Recuerdo que Pancho se oponía y decía: Mamá, ¿le vas a pegar a un campeón de tenis?».